

A black and white profile photograph of Katherine Mansfield, looking to the right. She has dark hair styled in an updo with bangs. She is wearing a dark, high-collared garment with buttons.

## EL VUELO FUGAZ DE KATHERINE MANSFIELD

La narradora neozelandesa que revolucionó el relato corto en lengua inglesa fue una criatura hipersensible, inquieta y frágil. El crítico y escritor italiano Pietro Citati recrea la vida y la creación de este ser etéreo en una biografía que recorre sus amores, su periplo por Europa, la pasión casi religiosa por la escritura y el combate infructuoso contra la tuberculosis que la mató con sólo 34 años

POR P. UNAMUNO

C | U | L

T | U | R

A

EL MUNDO DOMINGO  
2 DE OCTUBRE DE 2016

**ESCENARIOS** PEDRO CASABLANC SE ENFRENTA A 'YO, FEUERBACH', UN DRAMA SOBRE LA ANGUSTIA DE LA CULTURA



Katherine Mansfield y su marido, John Middleton Murry, poco antes de la muerte de la escritora. GETTY

Con 20 años, la delicada criatura venida de Nueva Zelanda que aún se llama Kathleen Beauchamp ha conseguido que sus padres la dejen vivir en Inglaterra, país que ya conoce porque de niña ha estudiado violonchelo en el Queens's College de Oxford. Pietro Citati, crítico literario y autor de excelentes biografías de Goethe, Tolstói o Kafka, ha escrito ahora la de una Katherine Mansfield a quien le quedan 14 años para revolucionar el relato corto en inglés antes de morir.

La muchacha que llega a Londres aparece, nos cuenta Citati en *La vida breve de Katherine Mansfield* (Gatopardo Ediciones), como «una cerámica de Oriente», un ser etéreo y delicado a mitad de camino entre una mariposa y una mujer «que te saluda con las manos dentro de las mangas». Traba amistad con D. H. Lawrence y Virginia Woolf, que escribe de ella: «La mujer inescrutable permanece inescrutable. Diría que es una especie de gato, extraño, reservado, siempre solitario, observador».

Pero la joven escritora no es sólo fragilidad; en ella anida el deseo de Oscar Wilde de caer en todas las tentaciones, vivir a tumba abierta, con avidez, y olvidarse de lo que entonces considera la «vida provinciana» de su Wellington natal. Es una «buscadora de absoluto» para quien es preferible correr a caminar, como ella misma anota en su diario: «El estado de indiferencia es realmente ajeno a mi naturaleza». Pronto descubrirá que quizá el único infinito accesible al hombre es el dolor, reflexiona ácidamente Citati.

Cuando su hermano Leslie llega de Nueva Zelanda para combatir en la Gran Guerra, Katherine ignora el vuelco que va a dar su vida. Leslie muere en el frente a las pocas semanas, y de pronto las sensaciones de la infancia que acaba de evocar con él se le imponen como su deber de narrador; de ahí surgirá el relato conocido como *Preludio*. Dos años después contrae tuberculosis. El primer día que escupe sangre, más que temer por su vida siente la angustia de no haber creado aún nada a la altura del «vendaval de imágenes» y la «furia de lugares, de personajes, de historias que se agitan en su mente», conjetura el escritor florentino.

Después de un embarazo que acaba de forma natural y de un matrimonio al que ella pone fin en la

misma noche de bodas, Mansfield se casa con el editor John Middleton Murry. Al mismo tiempo se hace acompañar allá donde va de Ida Baker, que será durante toda su vida amiga, dama de compañía, criada, cómplice y, con toda seguridad, amante.

A Ida, que la venera y se le entrega por completo, la *corresponde* en general con la humillación: la culpa de todos sus males y de vez en cuando le regala un beso. La relación con Murry, salpicada por algún escaqueo de ella, no es fácil de definir. Katherine es demasiado inquieta y neurótica para un tipo frío como él y viaja continuamente —con Ida— a lugares de la costa de Francia e Italia por razones de salud; él parece quererla, pero a condición de tenerla lejos y poderse ir a esquiar cuando le apetece.

Pese a todo, el amor entre ellos sobrevivirá de algún modo. Algunas de las cartas que le envía Katherine, apunta Pietro Citati, son de una intensidad sólo vista en las que Kafka le había remitido pocos años antes a Felice. Otras veces lo detesta por dejarla siempre sola y por ser demasiado beato.

La única creencia trascendente que concibe ella es una especie de misticismo sin Dios en el que es la escritura la que se convierte progresivamente en objeto de devoción religiosa. En dos años frenéticos surgen la mayor parte de sus relatos, títulos como *El hombre apático* y *En la bahía*, así como el inicio de *El nido de la paloma*, para Citati su mejor cuento. Mansfield clama en su diario: «¿Seré capaz de expresar un día mi deseo de convertirme en mejor escritora?».

Ya puede pasarse la vida junto al mar o en sanatorios alpinos. A fuerza de trabajar 12 o 15 horas al día, produciendo sus relatos de un tirón a ser posible, identificada siempre con Chéjov no sólo en cuanto tuberculoso como ella sino como su modelo literario, la «mariposa de alas enfermas» está agotada y en ocasiones necesita un mes para *recuperarse* de alguno de sus cuentos.

Lo que hace únicos esos textos es la práctica disolución de la voz del narrador, y con ella la ausencia de los datos descriptivos habituales, como el lugar donde transcurre la acción o las descripciones físicas. Hay en ellos no ya suspense, sino una suer-

te de reticencia a contar que mantiene en vilo al lector, y tras la última línea todo lo narrado parece desvanecerse como cuando alguien borra lo escrito a tiza en una pizarra.

Los relatos de Mansfield poseen para Citati otra cualidad especial. «Incluso cuando compartía los pensamientos y sentimientos de sus personajes», sostiene, «jamás penetró en ellos, no atravesó las paredes» que les separaban, como si una fina lámina de vidrio se interpusiera entre la autora y la obra. La musa de Katherine no fue la pureza, dice el crítico, sino la distancia, todo lo contrario de lo que defendía el marido de la escritora.

Para Murry, su trabajo es de «una finura y pureza superior a la de sus contemporáneos», indica en el prólogo a los *Diarios* de su esposa. «Es más espontáneo, más vivo, más delicado y más hermoso. Katherine Mansfield respondió a la vida más intensamente que cualquier escritor que yo haya conocido, y el efecto de la intensidad de su respuesta está en su obra».

En sus últimos *vuelos* europeos, alcanzado ya el reconocimiento con *Fiesta en el jardín* y otros cuentos, la mariposa neozelandesa se

posa en Montana (Suiza), en París, donde recibe un *novedoso* tratamiento, y en Fontainebleau, que será su estación *termini*. Embarcada en la búsqueda de una purificación interior y de una curación imposible, ha acudido allí sugestionada por un charlatán, Gurdjieff, que le hace inhalar el vaho de las vacas y bailar danzas asirias.

Murry, que se remangó para ir a visitarla, la encontró inusualmente hermosa, como si se hubiera apoderado de ella una «perfección exquisita» que por el camino había arrasado con su vida. Esa misma noche, un violento ataque de tos le provocó una hemorragia de la que ya no se recuperó.

CITATI DICE QUE LA MUSA DE LA ESCRITORA NO FUE LA PUREZA, COMO SE DICE, SINO LA DISTANCIA

ESCRIBÍA SUS RELATOS DE UN TIRÓN, EN 12 O 15 HORAS, CON CHEJOV COMO REFERENCIA Y AL COSTE DE SU SALUD